

# EL MÁS GRANDE

UNA PUERTA  
QUE NUNCA ENCONTRÉ

THOMAS WOLFE

Traducción de  
Juan Sebastián Cárdenas  
Periférica. Cáceres, 2012  
101 páginas, 15,50 euros  
★★★★



La vida del norteamericano Thomas Wolfe (Asheville, Carolina del Norte, 1900-Baltimore, Maryland, 1938), muerto con apenas treinta y siete años, fue demasiado breve para dejar toda la constancia que hubiera merecido su intensa, atormentada e impresionante sinfonía inacabada. Su talento singular y su tentativa desesperada por hallar siempre una realidad perdida estaban hechos para alimentarse de incandescentes y renovados lectores. Considerado uno de los máximos narradores americanos del pasado siglo, su legado sería mantenido sin interrupción a lo largo del tiempo por escritores como Kerouac, Kosinski, Bradbury, Philip Roth o Paul Auster, y por filósofos como el francés Gilles Deleuze.

## Alma sureña

Su prosa quedó repartida entre cuatro novelas –*Look Homeward, Angel* (El ángel que nos mira, Valdemar, 2009), *Of Time and the River*, *The Web and the Rock* y *You Can't Go Home Again*–, distintas recopilaciones de cuentos, varias *nouvelles* (El niño perdido y *Una puerta que nunca encontré*, ambas en Periférica), obras de teatro y unos cuantos ensayos, aparecidos todos ellos en los años 20 y 30 del pasado siglo.

La obra de Wolfe gira entre el desgarrar y la nostalgia; entre la sensualidad y una exasperada y vehemente imaginación; entre el lirismo exaltado y la torturada

densidad de su alma sureña; entre el exilio permanente y el desarraigo o unión imposible a una tierra aparentemente infinita, la americana, que cantaron los grandes bardos del país, desde Thoreau al mismo Kerouac, que se inspiró en él para su *On the Road*. Así lo expresaría el mismo Wolfe en el emocionante monumento a la ausencia y a lo apenas germinado, ese canto fúnebre por su hermano, muerto a los 12 años, que es *El niño perdido*: «Ese hombre, apenas un átomo sin nombre, un átomo perdido en el vacío, una cifra irrisoria y llena de

MERECIDAS ALABANZAS  
Faulkner consideró a Thomas Wolfe «el mejor escritor» de su generación y Sinclair Lewis (abajo) lo citó en 1930 en su discurso de recepción del Premio Nobel



polvo que gira alrededor de un tiempo incontable [...], ese hombre solo siente la ausencia y toda la desolación de América, una país demasiado grande para ser un país».

## Todo lo perdido

Conscientes de estar ante uno de los más grandes de su tiempo, sus contemporáneos no ahorraron alabanzas hacia esta literatura dolorosamente elegiaca, hacia sus martilleantes y febriles monólogos interiores, que adquirían muchas veces el tono de un salmo o una oración exasperada en memoria de lo perdido («así, pensando, sintiendo, hablando conmigo mismo y con todo lo perdido: mi hermano, mi padre», escribe en *Una puerta que nunca encontré*).

Sinclair Lewis lo citó en su discurso de recepción del Premio Nobel en 1930 y William Faulkner, que lo calificó como «el mejor escritor» de su generación, por encima de otros como Hemingway, Dos Passos o Steinbeck, dijo: «Siempre he situado a mis contemporáneos y a mí mismo no según nuestros logros, sino según el esplendor de nuestro fracaso. Ahí, tendría que situar a Thomas Wolfe a la cabeza, no en razón de lo que logró, sino porque fue quien más se

atrevió. Intentó lo más difícil para decir lo máximo».

Después de sus estudios en Carolina del Sur, y de obtener más tarde un diploma de escritura teatral en Harvard, Wolfe comenzó en 1924 a enseñar en la Universidad de

Nueva York, a la vez que viajaba a través de América y de Europa. En 1929, poco antes de la bancarrota que sacudiría su país, publicó su primera obra, *Look Homeward, Angel*, todo un clásico de la literatura americana del pasado

Wolfe (a la derecha) nació en Asheville, Carolina del Norte, y murió a los 37 años. Arriba, su casa-museo



siglo. Crónica de aprendizaje e iniciación, el libro, de clara raíz autobiográfica –como el resto de su obra–, es un flujo continuado de conciencia, con idas y vueltas incesantes a través de su pasado. Fue rechazado en varias editoriales antes de ser aceptado y causó un considerable escándalo, ya que retrataba su provinciana ciudad de Asheville, en la que había nacido, a través de unos 200 personajes apenas disfracados y retocados.

En 1931, dedicado ya en exclusiva a la escritura, se instala en Brooklyn. Vive en un modesto apartamento en «un astroso callejón, rodeado de armenios, españoles, irlandeses»: así comienza su magnífica obra *Una puerta que nunca encontré* (1933). Este ruidoso e indómito universo, de «brutal agitación» en su caos de casuchas, patios de vecindad, chabolas, muelles sucios y una «inenarrable fealdad», encierra una oscura belleza que un esnob con un lujoso ático cerca del East River que le acaba

de invitar a cenar dice «enviar».

Relato sobre alguien que se ha marchado y al que solo le ha sido posible toparse con puertas cerradas o que ni siquiera ha sabido visualizar, el protagonista emprende un viaje a través del «viejo misterio inextricable del tiempo», simbolizado aquí, fragmentariamente, en el paso de las estaciones y de algunos años (1931, 1923, 1926, 1928) y en experiencias vitales que le marcaron de forma especial.

## Cita con el padre

Es un himno estremecedor de nuevo construido en torno a la soledad de la errancia y a las citas fallidas con el pasado; una de ellas, quizá la más importante, encarna la ruptura de la unidad: la de «la vida que un día conocimos y que se había perdido para siempre».

La cita es con su padre, ese padre trabajador de la piedra, de ideas excéntricas e idealistas, que tallaba lápidas: una premonición para la existencia de todos, marcados por la muerte y las desapariciones tempranas, por los vacíos profundos e irreversible: «Supe que cada hombre que ha vivido sobre la faz de la tierra ha buscado y busca a su padre, que nunca pierde la esperanza y siente que algún día verá de nuevo su rostro».

MERCEDES MONMANY